

Cartagena.—En mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Estranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 3 de Octubre 1888



LA CARRETERA DE CARTAGENA A MAZARRÓN

Si los pueblos en general, deben poner decidido empeño en multiplicar sus vías de comunicación, prenda segura de prosperidad y engrandecimiento, Cartagena por las especiales circunstancias que en ella concurren, tiene que dedicar preferente atención á satisfacer tan vital necesidad, si es que no quiere ver anulada gran parte de los elementos que por fortuna reúne.

De aquí el que todos los que se preocupan por el porvenir de este pueblo, consideren la construcción de las líneas férreas, á París y á Lorca, como factores importantísimos para el desarrollo de nuestros intereses industriales y comerciales.

Si no se exagera, al calificar de inmensos los beneficios que la primera línea ha de proporcionar á este pueblo, que se convertiría en la llave de la exportación é importación de gran parte del comercio franco-español; no son de menospreciar las ventajas de la segunda línea á que nos hemos referido, pues que por medio de ella podríamos contrarrestar los perjuicios indudables que han de causar á esta plaza, la explotación de las líneas de Granada á Lorca y Aguilas y las proyectadas de Almería á Linares.

El día en que esta red de rápidas y económicas comunicaciones esté en actividad, los tránsitos comerciales por este puerto serán nulos, quedando casi reducido el comercio de Cartagena á la triste condición de satisfacer sus propias necesidades.

Cumplido el deber que nuestra misión en la prensa nos impone, de aprovechar toda ocasión, en que podamos abogar por una causa que podemos considerar como redentora de este pueblo, vamos á ocuparnos del verdadero objeto de este artículo.

Si no de la importancia de las dos vías indicadas, existe otra, pendiente de construcción, cuya necesidad es apremiante, para contribuir en manera no despreciable al movimiento comercial de este pueblo. Nos referimos á la carretera de esta ciudad al Puerto de Mazarrón.

Hace algunos años que después de gestiones repetidísimas, el Ayuntamiento de aquel pueblo, convino con el nuestro; en que cada cual construiría una mitad del camino carretero indispensable, para que ambas poblaciones se pusieran en comunicación, ventaja que por diferentes conceptos importaba mucho recabar á las dos.

El Ayuntamiento de Cartagena se comprometió á construir una carretera desde la Rambla de Benipila hasta el Val de

Lentisco, término de Mazarrón, total: unas tres leguas y media.

El Ayuntamiento de Mazarrón, quedó obligado á seguir la construcción del camino desde su término, á entroncar con la carretera de segundo orden, que ha tiempo existe desde el puerto al pueblo á que nos estamos refiriendo.

Para llevar á cabo lo pactado, dio comienzo nuestro municipio á la construcción de una magnífica carretera, partiendo desde la Rambla de Benipila y después de muchos años y peripecias, llegaron á construirse dos leguas de camino, ó sea hasta el paraje llamado de Cuesta Blanca. Por causas que no es del caso registrar, la citada vía de comunicación hace algunos años no ha avanzado un metro, mediando también la circunstancia, de que nadie se ha ocupado de su conservación. Gracias á que por estar construida, con escombros procedentes de las canteras de la piedra Tabaire, ha adquirido su macizo una cohesión difícil de destruir: á no mediar esta circunstancia, ha tiempo que se hubieran totalmente malogrado los sacrificios que demandó tan concienzudo trabajo.

Como quiera que para el camino que nos ocupa, no se hizo el trazado general, de aquí que el Ayuntamiento de Mazarrón no haya podido hacer nada por su parte; pues es condición indispensable que sus trabajos comiencen donde terminan los de Cartagena, para poder entroncar con la carretera del Puerto.

Queda pues demostrado, que la carretera de Cartagena á Mazarrón no existe, porque nuestros municipios no han querido construir una legua y media que falta para llegar al Val de Lentisco.

Vamos ahora á demostrar, aunque muy á la ligera, los perjuicios que sufre Cartagena, porque sus administradores no se preocupen de estas y otras cuestiones que son de indiscutible entidad.

Todos nuestros lectores conocen la importancia y engrandecimiento que de día en día alcanza Mazarrón; la multiplicación de su vecindario es patente, y el aumento de su riqueza indudable, puesto que es el centro de una rica industria minera. Pues bien; Mazarrón hasta hace dos años se surtía en nuestra plaza de los comestibles, telas, droguería, muebles, hierros, maderas y otros artículos para construcciones elevándose mensualmente el valor de esta exportación, de 50 á 80 000 duros, negocio de gran consideración, que merece no sólo evitar el perderlo cuando se posee, sino que es digno de que se hagan muchos esfuerzos para adquirirlo.

Sólo la trágica necesidad ha podido hacer que Mazarrón importara de Cartagena por el infernal camino que hoy subsiste, y así es, que desde el momento en que se ha puesto en explotación la línea férrea de Murcia á Alicante, lo adquiere todo de esta última plaza, siéndole más ventajosa la conducción por la línea citada. Hoy el comercio de Cartagena con Mazarrón, está reducido á las maderas para construir.

Después de anunciar lo que las transacciones comerciales de Cartagena, han perdido por no haberse terminado la carretera á Mazarrón, hemos de mencionar también, las penalidades que sufren las personas para trasladarse de un punto á otro.

La comunidad de los negocios de minería es casi constante entre ambos pueblos, y esto obliga á que la afluencia de pasajeros sea considerable.

Vamos á terminar este artículo, á bste niéndonos de hacer los comentarios que el caso expuesto requiere. Sólo nos permitimos considerar, que debe ser muy bajo e nivel patriótico y muy mezquino el instinto de conservación, de un pueblo que por no construir legua y media de carretera, deja perder al año cerca de veinte millones de reales de sus transacciones mercantiles.

Variedades.

LA CURIOSIDAD DE UN INGLÉS

Sir Jorge Selton había cambiado hacia cuatro años las nieblas del Támesis por el sol espléndido de esa ciudad donde se ostenta orgullosa la Giraldá, mirándose en las cristalinas aguas del caudaloso Guadalquivir. Aparte de que su energía le llevaba á esos paroxismos de voluntad en que todo se arroja, el hijo de Albión, que en la época en que le hacemos figurar en escena acababa de penetrar en la edad viril, era un cumplido caballero, inflexible observador de los secretos del decoro, y reuniendo condiciones sobradas para ser el Pilades de otro Orestes.

Éralo en efecto de un pintor llamado Víctor Garay, hábil en su profesión, aficionado á esa sociedad compuesta de hombres amables y mujeres ligeras, y enemigo de toda etiqueta, jamás había tenido el placer más decidido partidario, ni corazón más leal había latido en pecho humano.

Un día tuvo el inglés la humorada de ir por primera vez al taller del pintor, y después de examinar uno por uno los bocetos que adornaban las paredes, se fijó en un gran cuadro cuyo colorido revelaba una mano experta, y cuyo asunto daba motivo para excitar la curiosidad no sólo de un hijo de la Gran Bretaña, sino hasta de un prosaico habitante de la Alcarria.

En efecto, aquel cuadro representaba un gabinete decentemente amueblado; además de la puerta de entrada, que aparecía abierta, existía otra en el lado opuesto cerrada herméticamente, y un anciano miraba con avidez por el ojo de la llave. Las contracciones que se advertían en el rostro del curioso y un marcado erizamiento del cabello, probaban que al otro lado de la puerta ocurría algo muy grave... tal vez un drama sangriento.

—¡Bravo, amigo mío! dijo Sir Jorge encantándose con el artista. La escena que miro, señalaba á la que hemos descrito—patentiza los grandes conocimientos pictóricos que usted posee. Pertenecer V. al número de los artistas que honran con su genio á su patria.

—Ese cuadro no es mío, repuso Víctor, suspendiendo su trabajo. Es un regalo que me hizo el pintor italiano Salvi, á quien conocí en Roma.

—¡Diablos! Pero al menos se hallará V. en condiciones de explicarme el terror de ese viejo que con tanto afán observa lo que ocurre en la habitación contigua.

—Con gusto lo haría si lo supiera; pero jamás pedí explicaciones al autor.

—¡Oh! Esas facciones trastornadas indican que algo sensible pasa en el sitio donde los ojos se fijan tanto, que parecen querer saltar de sus órbitas, y es preciso que yo lo averigüe.

—Muchas veces es preferible la duda á la realidad.

—¡Victor! exclamó Selton después de algunos instantes de silencio; ¿dónde se halla Salvi en la actualidad?

—La última carta que recibí hace dos años, está fechada en Pavia.

—Pues bien, amigo mío; aunque me tache V. de exótico; esta misma noche salgo para esa ciudad.

—¡Bah! murmuró Garay con aire de duda.

—Juro á Vd. que no descansaré hasta conocer la historia que ha inspirado ese cuadro.

—Con que ya es cosa resuelta?

—Tan resuelta, que voy á dar á V. un abrazo de despedida ahora mismo y me traslado al hotel á activar mis preparativos de viaje.

Y en efecto, Sir Jorge estrechó entre sus brazos al pintor, correspondiendo éste, sin disimular una sonrisa á aquella demostración de afecto.

—Hasta la vista, Victor; gritó el inglés alejándose precipitadamente.

—Que Dios ayude á V. en sus singulares investigaciones, respondió Garay cuando ya su interlocutor se hallaba á poca distancia.

Diez días después, nuestro extraño personaje recorría las calles de Pavia preguntando á todo el mundo por el pintor Salvi.

Al fin supo que hacía año y medio, el hombre en cuya busca iba se había trasladado á Florencia, y sin detenerse más que lo preciso para visitar la Cartuja, cuyas naves y gran cúpula central llamaron mucho su atención, se dirigió á la renombrada ciudad de los Médicis.

¡Oh desgracia! Aquel artista no tenía ciertamente costumbres sedentarias, pues hacía un año que se había dirigido á Siena, donde tenía algunos parientes, y Sir Jorge que á pesar de su curiosidad devoradora no quería perder su reputación de turista se resignó á recorrer los sombríos salones del Palacio Viejo, siendo testigo de los triunfos y del suplicio de Sardasula y los del palacio degli Uffizi cuyas galerías guardan una buena parte de los tesoros artísticos de Florencia.

Difícil sería explicar la desesperación que se apoderó del ánimo de nuestro viajero cuando creyendo conferenciar sin más dilaciones con el autor del cuadro que tanto le preocupaba, se enteró á su llegada á Siena de que aquél hacía seis meses que había fijado en Rávena su residencia.

Después de admirar las almenas del Palacio público y consignar en su cartera algunos impresiones que le sugirió la vista de aquellas ventanas ojivales, desde las que en otro tiempo se arrojaron á la plaza cadáveres de ciudadanos muertos en las sediciones, regresó al hotel, pagó su cuenta, y poco tiempo después, el tren lo conducía á la ciudad donde creía hallar el término de su ansiedad, y por lo tanto, de sus viajes emprendidos con tan singular objeto.

Cuando el inglés llegó á Rávena, sufrió los efectos de una fiebre intensa. Aquella población de vetustas murallas y de aspecto triste le pareció un paraíso porque al fin se figuró verse allí en frente de Salvi. Ni por un momento fijó la atención al pasar por la Plaza Mayor para dirigirse al hotel ni en las admirables columnas trabajadas por Lombardo, ni en la estatua de bronce de Clemente XII.

No bien se vio en la habitación que le había sido destinada, hizo que se le presentara el dueño del hotel, al que sin dar tiempo para formular su cumplido, pidió noticias del pintor Salvi.

—¡Cómo! ¿Su Excelencia desea ver al pintor Salvi? dijo admirado el italiano.